

pleto de caza. No sabíamos qué pensar de esto, cuando fuera del triclinio se levantó un gran ruido, entraron súbitamente algunos perros de Esparta, que hasta echaron á correr al rededor de la mesa: y les siguió otro banco, en que había un jabalí encalabrado, y que era de un tamaño mayor; de sus colmillos estaban pendiendo dos cestillos trenzados con hojas de palma, y uno de ellos estaba lleno de dátiles de Siria, y otro de dátiles de la Tebáida. Al rededor había unos lechoncillos hechos con empanada, y en ademán de mamar, para dar á entender que el jabalí era hembra. Todos los lechoncillos llevaban guirlandas.

Para cortar al jabalí no vino aquel trinchador que había cortado las otras carnes, sino un gran barbudo; calzaba borceguies, y llevaba un chaleco de varios colores, y empuñando el cuchillo de caza, se lo metió con desenvoltura en el higar, y por la llaga salieron volando algunos tordos. Pronto acudieron con sus cañas los pajareros, y no tardaron en tomarlos mientras estaban volteando por la sala. Trimalcion mandó dar una á cada uno, y añadió: — «Ya véis también cómo este cerdo salvaje se había comido todas las bellotas.» Entónces corrieron con presteza los petimetres á los cestillos que estaban colgados á los dientes, y repartieron por partes iguales los dátiles entre los comensales.

Entretanto yo, que estaba casi solito en una esquina, me puse á fabricar castillos en el aire para saber por qué motivo llevaba el jabalí su birrete; y despues de haber agotado todas las fantasias, me resolví á decir al intérprete que llevaba lo que me estaba rompiendo los sesos. Y él me respondió: — «Esto te lo explicaria con mucha facilidad hasta su criado; pues en esto no hay enigma, sino que es cosa clara. Este jabalí quedó intacto en la última cena de ayer, y como los convidados lo han vuelto á pedir, hoy vuelve al convite con el birrete de libertado.» Con esto quedé avergonzado de mi estupor, y ya no volví á preguntar mas, por no pasar por uno que jamas hubiese cenado con hombres de garbo.

Dicho esto, ví comparecer á un hermoso mancebo, que iba ceñido con vides ó yedra. Unas veces se le llamaba Bromio, otras Lieo, y otras Evio. Llevaba al rededor de sí una canastilla de uvas, é iba cantando con una voz muy aguda las poesías de su amo. Al oírle, se volvió Trimalcion, y le dijo: — «Dionisio, quedas puesto en libertad.» Entónces el mancebo tomó el birrete al jabalí, y se le puso en su cabeza; y Trimalcion dijo de nuevo: — «Ahora no me habéis de negar que posea yo al padre Baco.» Elogiamos la idea de Trimalcion, y llenamos de besos al mancebo, que dió la vuelta de la mesa... Ignorábamos que despues de tanta magnificencia, no estuviésemos todavía, como se dice, mas que á la mitad del camino. Efectivamente, se levantaron las mesas á son de música, y trajeron al triclinio tres cerdos blancos castrados, adorna-

dos con cintas y campanillas, y el maestro de ceremonias decía que uno de ellos tenía dos años, el otro tres, y que el tercero era viejo ya. Yo me figuré que junto con los cerdos debían venir los juglares, para, conforme se estila en los círculos, embaucarnos con algun prestigio. Pero Trimalcion obvió todas las dudas y dijo: — «¿Á cuál de estos querriáis que dentro de un instante sirvieran en la mesa? Así suelen hacerlo los arrendadores con los pollos, con un faisán, ó con niñerías por este estilo; pero mis cocineros acostumbran hacer cocer un becerro entero.» Y en esto mandó llamar al cocinero Cayo, al cual dió orden, sin aguardar mas que hubiésemos escogido, que degollára al mas viejo. Y despues le dijo en alta voz: — «¿De qué decuria eres?» y como respondiera que era de la cuadragésima, le dijo: — «¿Fuiste comprado, ó naciste en casa?» — Ni uno ni otro (respondió el cocinero), sino que me dejó Pansa á vos en su testamento. — Véte con cuidado (le añadió) en despachar, pues de otro modo te meteré en la decuria de los lacayos.» Estimulado con semejante amenaza el cocinero, se fué con el cerdo á la cocina.

Despues se volvió poco á poco Trimalcion hácia nosotros, y nos dijo: — «Si no os gusta el vino, lo haré cambiar; pero está en vuestras manos hacer ver que os gusta. Gracias al Cielo, no lo compro; pero lo concierne al gusto nace en mi campito, que por otra parte ni tampoco conozco. Se me dice que va desde Terracina hasta Taranto. Ahora estoy pensando en enlazar la Sicilia á aquellos bolingrines, para en caso que se me antoje ir á África, no tener que navegar mas que por mis confines.

Aun no se habían evaporado estas pataratas, cuando otro banco, en que iba aquel gran cerdo, cubrió la mesa. Admirados nos quedamos con tan grande diligencia, y nos pusimos á jurar que ni tampoco había medio de asar un pollo en aquel abrir y cerrar de ojos, y esto mayormente pareciéndonos mas grande aquel cerdo de lo que nos había parecido ántes el jabalí. — «¿Pues? (dijo), ¿es que acaso no ha sido despanzurrado este cerdo? No, por vida de brios, no es él. Acá, acá, venga de contado el cocinero.» Compareció melancólico el cocinero, y como dijera que se había olvidado de despanzurrarlo: — «¿Y cómo olvidado (gritó Trimalcion)? ¿piensas tú acaso que se trata de que no le hayan puesto la pimienta y el comino? Quitente el ajustador.» Y sin mas demora se vió desnudo el cocinero, el cual lleno de furor se veía ya puesto entre dos sotacómitres. Entónces nos ponemos todos á rogar á Trimalcion, y á decir: — «Esto no es mas que un accidente; déjalo por gracia, y si otra vez llega á faltar, nadie volverá á interceder por él.»

Yo cruelmente severo, no pude contenerme, y bajándome al oído de Agamenon, le dije: — «Á buen seguro, gran bestia tiene que ser este criado. ¿Puede nadie olvidarse de despanzurrar un cerdo? por vida de brios, no se lo per-

donaria, aun cuando no se tratara mas que de un pescado.» Sin embargo, no obró así Trimalcion, el cual con un semblante severo dijo: — «Pues bien, ya que tan pobre memoria tienes, despanzúrralo aquí públicamente.» El cocinero volvió á tomar el mandil, blandió el cuchillo, y con mano trémula se puso á dar tajadas acá y acullá en el vientre del cerdo, y hé aquí que de las heridas, que se ensanchaban con el golpe del peso, se pusieron á salir salchichones y morcillas.

Al ver esto toda la familia maquinal de los criados batió palmas, y con mucho estrépito dió mil parabienes á Cayo; y no solo se admitió al cocinero á beber con nosotros, mas también recibió hasta una corona de plata, y un cubilete montado en una concha de Corinto; y porqué Agamenon lo estaba mirando muy de cerca, Trimalcion dijo: — «Yo soy el único que tengo el verdadero metal de Corinto...»

Luego entró su agente, el cual, como venia á decirnos los fastos de Roma, leyó lo siguiente:

«El día 25 de julio, nacieron en el territorio de Cuma, jurisdiccion de Trimalcion, treinta criaturas machos y cuarenta hembras; se leyeron de la era al granero mil quinientos moyos de trigo: quinientos bueyes domados. En el mismo día fué colgado en la cruz el esclavo Mitriades por haber proferido blasfemias contra el genio tutelador de nuestro Cayo. En el mismo día, volvieron á entrar en caja cien mil libras, que no pudieron emplearse. En el mismo día, llegó cerca de los huertos de Pompeya el incendio, que durante la noche había principiado en la casa de un labriego.»

— Aguarda (dijo Trimalcion); ¿de cuándo acá compré yo los huertos de Pompeya?

— El año pasado (respondió el agente); por esto no figuraban todavía en el libro. Se enfureció Trimalcion, y añadió: — «Si en el término de seis meses no se me da aviso de cualquier hacienda que se me compre, prohibo que se me presente la cuenta.»

Entraron por fin los saltadores, y un tal Barón, cosa la mas insípida, se presentó con una escalera de mano, á la cual hizo subir á un jóven, y le mandó que saltara y cantara, así cuando subiera como cuando estuviera en la punta. Despues le hizo atravesar círculos de fuego, y sostener una botella con los dientes. Solo Trimalcion estaba admirado, y decía que era aquel un oficio ingrato, y que sin embargo en las cosas humanas solo había dos que se complacía mucho en ver, los saltadores y las becadás, y que los demas animales y diversiones no eran mas que burlas y fruslerías. — «Por esto (añadió) he comprado comediantes, y he querido despues que dieran sainetes, y mandé á mi corista que cantase en latin...»

(Aquí omitimos ciertas chanzas groseras de Trimalcion).

Así seguia tomando la mano á los filósofos, cuando se le presentaron dentro de un vaso algunos billetes; y el paje que de ellos estaba

encargado, leyó las suertes que les cupieron. El uno decía: «Dinero tirado de un modo inicuo,» y se llevó un jamon con garras de cangrejo encima, un pendiente, un mazapan y una galleta agujereada. El de despues se llevó una cajita de membrillo, un bocado de pan ázimo, aves de rapaña, junto con una manzana y puerros, albérechigos y un látigo y una navaja. Otro tuvo pájaros, un abanico, uvas pasas, miel ática, un vestido de mesa y una toga, un pedazo de mazapan y cuadros de pintura. Á otro le cayeron en suerte un tubo y un borceguí. También hubo quien se llevó una liebre, un lenguado, una murena, un raton marisco atado con una rana, y un manojo de acelgas. Mucha risa nos dió este juego: había seiscientos billetes, pero no tengo presentes los demas...

Hizo todavía Trimalcion algunas chilindrinas mas, y despues echaron un gran grito los homeristas, porque en medio de los criados, que por todas partes iban corriendo, se llevó en una hortera grandísima un ternero entero hervido y con un gorro en la cabeza. Le seguía Ajacio, el cual, como un hombre furioso blandiendo un cuchillo cortante, le hizo tajadas, y dándolas vueltas con la punta, á modo de charlatan, unas veces por abajo, otras veces por arriba, nos las distribuía en medio de la admiracion en que nos tenia. Pero no nos fué posible pasar mucho tiempo en mirar aquellos lucidos trabajos, pues súbitamente sentimos crujir la guardilla del tejado, y temblar todo el triclinio. Yo me levanté asustado, temiendo que bajara algun saltador por la parte del tejado, y los demas convidados no ménos sorprendidos levantaron los ojos, curiosos por saber qué novedad podria venir de allí arriba. Y hé aquí que habiéndose abierto la guardilla, se vió un gran círculo, que, como si se desprendiera de una ancha cúpula, fué bajando, y en su circuito iban colgadas varias coronas de oro y cajitas de alabastro llenas de ungüentos olorosos.

Mientras se nos mandaba tomar aquellos regalos, volví la vista hácia la mesa, en la cual ví que habían vuelto á poner un servicio con algunas tortas, y en medio un priapo hecho con pasta, que en su grande regazo tenia, segun su costumbre, uvas y manzanas de toda especie.

Nosotros alargamos con avidez las manos para tomar de aquellas frutas, cuando impensadamente acrecentó nuestra alegría otro órden de juegos, pues las tortas y las manzanas, apénas sufrieron la menor presion, cuando esparcieron al rededor un olor de azafran tan fuerte que hasta llegó á molestarnos.

Persuadidos, pues, de que unos manjares tan religiosamente perfumados eran cosa sagrada, nos pusimos en pié, y pronosticamos felicidad á Augusto, padre de la patria. Sin embargo, como aun despues de este acto de veneracion algunos tomáran de aquellas frutas, nosotros también llenamos con ellas nuestras servilletas, y mayormente yo, que creía que jamas había regalado bastante á mi Gíton.

En esto hicieron entrar tres mancebos cubiertos con túnicas blancas, y dos de ellos pusieron sobre la mesa los dioses lares con guirlandas, y el tercero, llevando al rededor una taza de vino, iba gritando: — « Séante propicios los dioses. » Decía igualmente que uno de ellos se llamaba Cerdone, el otro Felicione, y el tercero Lucrone (nombres de feliz pronóstico). Y como se llevó al rededor de la mesa el retrato de Trimalcion, que todos besaron, nosotros no pudimos, aunque ruborizados, huir el cuerpo...

Acto continuo fué llevado un perro que estaba hecho un cebon, atado con una cadena; el portero le dió un puntapié mandándole que se tendiera á la larga, y aquel se tendió delante de la mesa. Entónces Trimalcion echándole un pan blanco: — « No hay nadie en casa (dijo) que me quiera tanto como este. » Indignándose el mancebo con ver que tan excesivo elogio hacia de Silacio, puso en tierra á la pequeña perra, y la excitó contra él. Silacio, segun la costumbre de los perros, llenó la sala con sus horriblos ladridos, y casi dejó destrozada la margarita de Creso. Y no se concluyó el ruido con esta refriega, pues se echó á perder por otra parte una lámpara, se rompieron los cristales, y el aceite hirviendo se derramó sobre alguno de los comensales.

Trimalcion, para no dejar creer que este accidente habia encendido su ira, dió un beso al mancebo, y le mandó que montara sobre la perra. Fué de contado, y se puso á caballo sobre ella, dándole palmadas sobre las espaldas, y sonriéndose le preguntaba: — « Vé contandome, ¿ cuántas hacen ya?... »

Desistiendo un poco Trimalcion, dió orden de que se llenara una grande botella, y se diera de beber á todos los esclavos que estaban sentados á nuestros piés, añadiendo la condicion siguiente: — « Si alguno rehusa beber, échénle el vino en la cabeza. » Y así unas veces aparentaba severidad, y otras locura.

Estas familiaridades fueron seguidas de guisados, cuya memoria, puedo juraros, me basta para fastidiarme, pues todas aquellas gallinas gordas estaban rodeadas de tordos rellenos con huevos de ánade, y Trimalcion nos suplicó con envanecimiento que comiéramos, diciendo que eran gallinas desosadas...

Llega otro huésped, que habia cenado en otra parte, y á quien Trimalcion pregunta: — « ¿Qué nos traéis de exquisito? »

— Lo diré, si puedo (respondió el otro); pues tengo la memoria flaca, y tanto que á veces llevo á olvidarme hasta de mi propio nombre. Tuvimos, pues, primeramente un cerdo, lleno de salchichones al rededor, y con los intestinos muy bien condimentados. Habia acelgas, y pan moreno, que yo prefiero al pan blanco, y supuesto que da fuerzas, por lo mismo, ya que me gusta, no me quejo. La segunda pitanza consistió en una torta fria, sobre la cual habia esparcida un excelente miel caliente de España, por manera que ni siquiera gusté la torta, y

mucho ménos la miel. En cuanto á los guisantes y á los altramuces y á las demas frutas, solo tomé lo que me aconsejó Calva; pero me llevé dos manzanas, que tengo en esta servilleta, pues si no llevo ningun regalillo á mi criadito, me lo echa en cara, y mi mujer acostumbra advertirme con prudencia. Ademas de esto se nos habia servido un pedazo de oso jóven. Scintilla cometió la imprudencia de catarlo, y por poco echa las tripas; yo, por el contrario, comí cosa de una libra, porque sabía á jabalí. Decía yo: si el oso se come al hombrecillo, ¿ con cuánto mas motivo debe el hombrecillo comerse al oso? Por fin tuvimos queso blando, membrillo, cacaroles sin concha, tripas de cabrito, hígado en fuentes, huevos arreglados, y navos, y mostaza, y tazas que parecian pintadas. ¡ Bendito sea Palámedes que lo inventó! Nos presentaron ostras dentro de una olla, y nosotros sin mucha cultura las tomamos á manos llenas, porque habiamos vuelto á pedir el jamon... »

Jamas hubiera llegado el fin de aquellos fastidios, á no haber venido el último servicio, compuesto de un pastel de tordos, pasas y nueces confitadas. Siguiéron manzanas, membrillos redondeados con clavos especias, que parecian ser otros tantos puercos espines: y todo esto podia pasar tambien á no habérsenos dado otra comida tan pésima, que, ántes que gustarla, mas bien hubiésemos querido perecer de hambre. Cuando la vimos encima de la mesa, se nos ocurrió si sería una oca de rapiña, rodeada de peces y de toda especie de avejillas. Habiéndolo notado Trimalcion, nos dijo: — « Todo este plato sale de un solo cuerpo. »

Yo pronto me hice cargo de lo que era, y volviéndome hácia Agamenon: — « Pasmado me quedo, le dije, con ver que todos estos ingredientes están arreglados de tal modo que parecen hechos con creta, y tengo presente que ví en Roma, cuando las fiestas saturnales, cenas por este estilo fingidas. »

No bien concluía yo estas palabras, cuando Trimalcion dijo: — « Así pueda yo crecer en riquezas, sino en estatura, como mi cocinero ha hecho todos estos guisados con el cerdo. No puede darse joya mas preciosa que esta. Si os gusta, con un cono os hará un pescado, con tocino un pichon, con jamon una tórtola, con morcillas de cerdo una gallina. Por esto, con mi agrado, se le puso un bellissimo nombre, supuesto que se llama Dédalo: y como goza de tanta fama, un fulano le llevó á Roma cuchillos de Baviera. » Y diciendo esto, mandó que se los trajeran, los examinó lleno de admiracion, y nos permitió que probáramos sus puntas en nuestros labios.

Al mismo tiempo entraron dos esclavos ademan de disputarse por una de aquellas correas con que se atan los vasos, que llevaban en sus espaldas. Trimalcion pronunció su fallo, pero ni uno ni otro quiso apaciguarse, y los dos se rompieron mutuamente los costados á palos. Vencidos nosotros con la insolencia de aque-

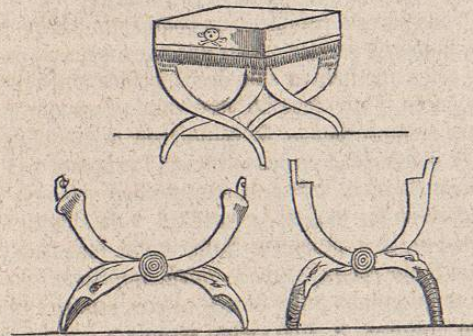
llos borrachos, los íbamos siguiendo con la vista, y notamos que de aquellos vasos rotos habian caido ostras y otros moluscos, que un mancebo recogió, puso dentro de una olla y pasó al rededor de la mesa.

El ingenioso cocinero secundó aquella esplendidez, pues llevó limazas en unas parrillas de plata, y cantó con voz trémula y espantosa. Me ruborizo con contar lo que yo mismo seguí. Pues los cabelludos mancebos (cosa que jamas se ha oido decir) llevando unguentos en un barreño de plata, untaron los piés de los comensales acostados, despues de haberles ligado las piernas, los piés y los talones con guirlandas; y luego hicieron derretir el mismo unguento en vasos de vino y en las lámparas...

Finalmente tiesos suplicamos al custodio que nos pusiera fuera de la puerta, mas él respondió: — « Andas muy equivocado si crees salir por donde has entrado. Jamas ha salido un convidado por la misma puerta; sino que entra por una, y se va por otra. »

En esta circunstancia se oyó cantar un gallo: y Trimalcion, asustado con aquel canto, dió orden de derramar el vino debajo de la mesa, y que pusieran en las lámparas; ademas pasó su sortija á su mano derecha, y dijo: — « No sin motivo ese trompeta ha dado semejante señal: ó es preciso que haya un incendio en algun paraje, ó que alguno del vecindario esté para morir. Léjos de nosotros los tristes augurios: sin embargo, regalaré una corona á quien me traiga este anuncio... »

Las sillas eran mas variadas y bonitas que cómodas. La silla curul adornada de marfil era distintivo de los principales magistrados. (Véase á continuacion.) Las sillas de las señoras llevaban cojines y bordados, y hacian uso de



ellas en los carruajes ó en las literas. Se llamaban *tronos* los asientos de mayor magnificencia. El *bisellio*, asiento para dos personas, se reservaba á ciertas dignidades. El *lectisternio* era un lecho de mármol ó de bronce, sobre el cual se collocaban las divinidades; á los piés de estas habia á menudo escabeles. La figura que sigue representa una silla, copiada de los vasos griegos de Hamilton, en que aparecen tambien el vestido y el abanico.

Las llaves eran de hierro ó de bronce; unas

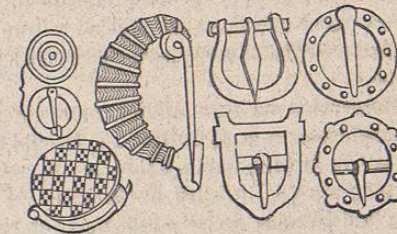
machos y otras hembras; se conocian las falsas, *adulterinx*. Se entregaba una llave á la esposa al entrar en la casa, y debia devolverla



cuando quedaba viuda ó cuando se divorciaba. El anillo de las llaves egipcias figura una cruz.

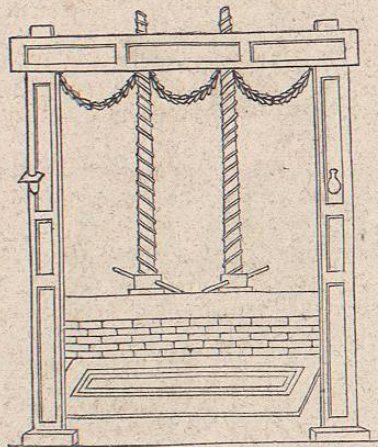
Se encuentran muchas campanillas semejantes á las nuestras, ora sueltas para llamar, ora unidas para instrumentos, ó puestas como adorno á animales. Servian en los misterios de los Cabiros y de Baco; se adornaba con ellas la extremidad del vestido de las Bacantes, como el de los sacerdotes hebreos. Se han sacado algunas de los sepulcros de iniciados en los misterios de Baco, y asimismo se ponian en los arneses de los caballos. Los vendedores las usaban para atraer parroquianos, los amos para llamar á los esclavos, y los centinelas nocturnos para dar las señales.

De la riquísima variedad de hebillas ofrecemos algunas á continuacion.



Se han encontrado á veces adornos pequeñísimos; que se han supuesto ser juguetes pueriles; y el marques Olivieri descubrió en Pésaro una cajita con figurillas de divinidades y pequeños instrumentos de sacrificio, correspondientes á los altares de nuestros niños. Otras veces se representaba el *manducus*, figura ridicula con que las madres asustaban á sus hijos. Ausonio hace mencion de figuras geométricas, con que los niños jugaban á la par que se instruían, y en los sepulcros de estos se pintaban títeres.

En la pared del calcídico de Eumaquia en Pompeya, se encontró pintada una prensa de husillo semejante á las nuestras, cuya figura trascribimos.



Sobre el modo de pasar el día un particular en la vida comun, puso una larga discusión el abate Couture en las *Memorias* de la Academia francesa, y nosotros vamos á compendiarla en este lugar.

— Variaron entre los Romanos las ocupaciones segun variaron los tiempos. En tiempo de los reyes, vivía el pueblo con grande mediocridad, y por consiguiente con grande simplicidad, distribuyendo sus cuidados entre las necesidades de la vida y los peligros de la guerra.

En tiempo de los cónsules, cuando los Romanos no tenían guerras al exterior, les aquejaba en el interior un mal que aun era mas peligroso que la guerra. La codicia de mandar en los patricios, y el amor de la independencia en los plebeyos tuvieron perpetuamente á Roma dividida, y varias veces se vió aquella República amenazada de quedarse ahogada en su cuna. Parecía que el Senado no daba cónsules mas que para hacer oposicion al pueblo, y que el pueblo solo elegía tribunos para hacer oposicion al Senado.

Los intervalos de tranquilidad eran enteramente dedicados á la agricultura, á la cual parecia que la fortuna habia unido la inocencia de costumbres y la dulzura de la vida. No se notaba la diferencia de los estados mas que con la diferencia de ocupaciones; los grandes no eran menos laboriosos que los pequeños, y estas dos condiciones, que tan distintas eran en la ciudad con los títulos de nobles y de plebeyos, se veían identificadas en el campo bajo el nombre de labradores. Tanto duró el aprecio de los agricultores, que Ciceron, en los últimos días de la República, no vaciló en asegurar que los hombres de bien todavía preferían ser empadronados en las tribus del campo á serlo en las de la ciudad.

Por último, la costumbre de vivir en sus propias tierras tan constante era y tan unifor-

me, que se atribuyó el nombre de *viatores* á ciertos oficiales subalternos, que estaban siempre andando para ir á avisar á los senadores que tal y tal día habria sesion extraordinaria, ademas de las ordinarias, que regularmente tenían lugar dos veces por mes, el día de las calendas, y el día de los idus, para las cuales no habia necesidad de convocacion.

Si de esta conformidad vivían los senadores, ¿qué debemos nosotros juzgar de los demas ciudadanos, que ninguna idea tenían aun de las bellas artes, que ni pensaban en cultivar su talento con la filosofía, ni en dirigir el de los demas con la elocuencia? Mas de las tres cuartas partes no veían la ciudad sino cada nueve dias en tiempo de paz: solo iban á ella para abastecerse de lo necesario para su profesion, ó para examinar si debían aprobar ó rechazar las nuevas órdenes que publicaban los magistrados en el Capitolio, y durante la paz, en los tres dias de mercado consecutivos, ántes de presentarlas al público para que se confirmaran (*promulgare per trinum mundinum*).

En aquellos dias de mercado, los tribunos del pueblo le enteraban de los negocios del gobierno, y de los cambios conducentes: y sus peroratas son las que fomentaron las desavenencias entre las órdenes todo el tiempo que duró la República.

Tales eran con corta diferencia las costumbres y principales ocupaciones de los antiguos Romanos, ántes que corrompieran á aquel pueblo el lujo y la molicie de los Griegos y los Asiáticos. En cuanto llegaron á tener contacto con estos, se olvidaron de sus antiguas máximas, adoptaron las de las naciones vencidas, y se sujetaron ellos mismos á los vicios de un pueblo que habian ellos sujetado á su imperio. (Livio, lib. XLVIII. — Plinio, lib. XXXIII, cap. 11: *Asca primum devicta misit in Italiam*.)

Todo pareció cambiado en poquísimos tiempo; en Roma no se vieron mas que nuevos maestros de artes que habian sido desconocidos ántes de entonces, y que mas hubiese valido desconocer para siempre jamas. Se estudiaron la grandeza y la regularidad en los edificios, la riqueza y la elegancia en el vestir, la suntuosidad y la delicadeza en las mesas, la variedad y la singularidad en los muebles. Numa habia mandado, *Deos fruge colere, et moda salsa supplicare*; no se representaba á los dioses ni con estatuas ni con pinturas, y solo ciento sesenta y dos años despues de aquel príncipe se empezó á adorarlos bajo alguna figura (Plutarco, en *Numa*; Dionisio Alic.; Eusebio César).

Hasta la religion, tan modesta en su institucion y con las leyes de Numa, se dejó llevar del torrente, é introdujo la suntuosidad en el aparato de sus ceremonias, lo mismo que en las vestiduras de sus ministros.

Á lo que llegó á romperse el dique de la disciplina antigua, las costumbres se fueron perdiendo con toda especie de desmanes. En vano se esmeró el censor en reclamarlas, sino con

la severidad de los antiguos, á lo ménos hasta el punto que podia tolerarse; el nuevo gusto de agrandar, unido con el mal ejemplo, pudo siempre mas que los sabios reglamentos. Con todo, se empezó á dejar á los esclavos todo lo cansado que habia en Roma y fuera de ella, reservando para sí únicamente lo que era honroso y grato. De ahí provino la distincion de los esclavos de ciudad y del campo con los nombres de *atrienses* (porteros), *amanuenses* (copiantes), *mediastini* (criados que servían á los demas criados), *ambiculari* (cubicularios), *anteambulones* (que iban delante para apartar la gente), *pedissequi* (criados de á pié), *unquentarii* (perfumadores), *topiadorii* (jardineros para cortar los arbolillos), *estatores* (criados que estaban siempre con sus dueños), *chironomonta* (ugieres de vianda), *secticarii* (llevadores de sillan), *saluari* (guardabósques), *viridarii* (hortelanos), *agasones* (palafreneros), *apiliones* (?), *mancipia urbana* (esclavos urbanos), *mancipia rustica* (esclavos rústicos)... de los cuales unos servían para el lujo, y otros para las necesidades. De ahí la insaciable avaricia de los dueños, que no teniendo siempre un patrimonio suficiente para darse á profusiones inmensas, se veían obligados á despojar á sus vecinos, y á ejercer un latrocinio descarado sobre los aliados del pueblo romano.

Esta corrupcion, que principió por los grandes y los ricos, cundió luego en el vulgo. Fué decreciendo el amor al trabajo, y el vivir del ciudadano no era otra cosa mas que el ocio. Todas las horas del día, que en los tiempos pasados se empleaban en alguna ocupacion útil, fueron casi generalmente divididas entre las conveniencias sociales y los pasatiempos, entre los movimientos que exige la ambicion y el descanso que pide la naturaleza. Veámos su distribucion en los dias que no eran ni de fiesta, ni de feria, ni de reunion, ni de foro. Mucho difieren las inclinaciones en los hombres, y cada cual tiene sus miras, con las cuales arregla mas de la mitad de su vida. De donde resulta que nosotros no comprendemos en esto ni al jóven que da rienda suelta á sus pasiones, ni al anciano que solo se ocupa de sus achaques, ni á los que huyen de la sociedad civil, y como dice Séneca, se sepultan en sus casas, lo mismo que dentro del sepulcro: *Qui sic in domo sua sunt tamquam in conditorio*. Hablamos de los que, ocupando una posicion média entre el hombre público y el solitario, tomaban parte en los negocios sin por esto renunciarse á sí mismos; tenían presente que eran ciudadanos, sin perder de vista que eran hombres y padres de familia, y ya en el Senado, si á él eran llamados, ya en las plazas públicas, ya en el Campo de Marte, ya en el interior de sus casas, componían el día segun los usos del tiempo y lugar, las necesidades de la naturaleza, de la República ó de sus amigos. *Privato vivendum est? dice Séneca; sit orator: silentium indictum est? tacita advocacione civis juvet: periculorum ingressu*

*forum est? in domibus, in spectaculis, in convivis, bonum contubernalem, amicum fidelem, temperantem convivam agit: officia si civis omiserit, hominis exerceat.*

Estos jamas dejaban de emplear la primera hora del día, que les indicaba la salida del sol, á los deberes religiosos. Para todos estaban abiertos los templos, y á veces tambien ántes de día para los mas cuidadosos, los cuales hallaban en ellos velas encendidas. (Lactancio, libro IV.)

Los que no podían ir, suplían en sus oratorios privados, en los cuales los ricos hacían los sacrificios y otras oblaciones, mientras que los pobres se contentaban con meras saluciones.

Despues de todo esto no es de extrañar que, al paso que tan cortas eran sus adoraciones, les fuese menester consagrar á ellas una hora y á veces mas. Si para esto no hubiera debido pedirse mas que buen juicio y buena salud, no hubiese durado tanto tiempo su liturgia; pero el crecido número de las necesidades reales ó imaginarias, y los muchos dioses á los cuales era preciso recurrir por separado para cada necesidad, les obligaba á muchas romerías, de las cuales se pasan los que saben adorar en espíritu y en verdad. (Séneca, epist. 41.)

Suetonio, en la *Vida* de Augusto, hace notar que este príncipe, cuando se veía obligado á levantarse muy temprano por algun motivo de amistad ó de religion, se iba á dormir en casa de aquel criado suyo que vivía mas cerquita del lugar en que debía cumplirse la ceremonia: *Matutina vigilia offendeatur; ac si vel officii vel sacri causá maturius vigilandum esset, ne id contra commodum faceret, in proximo cuscuscumque domesticorum cenaculo manebat.*

Horacio (lib. IV, oda 5) recuerda tambien las plegarias que todas las mañanas y noches se dirigían á los dioses para la conservacion del imperio; y el dios de las aguas, en el lib. VIII de la *Enéida*, avisa á Enéas que haga sus oraciones muy temprano á la diosa Juno:

*Surge, age, nate Dea, primisque cadentibus astris, Junoni fer rite preces.*

No sería á propósito ponernos á examinar aquí el modo de rogar y adorar que tenían los Romanos; diré solamente con Plutarco (*Quæst. rom.*) y Apolonio, que las adoraciones del amanecer eran para los dioses celestiales, y las del anochecer para los infernales.

Aquellas primeras horas del día no siempre eran reservadas para los dioses; muy á menudo tenían mas parte en ellas la codicia ó la ambicion que la piedad. En todas épocas los pequeños han obsequiado á los grandes, el pueblo á los magistrados, y los magistrados mismos á los ricos. Juvenal en la sátira V hace una pintura muy viva de unos y de otros, y los representa moviéndose por la mañana muy temprano, y sin dejarles ni tampoco la comodidad de atarse las ligas ni los cordones de sus calzados.